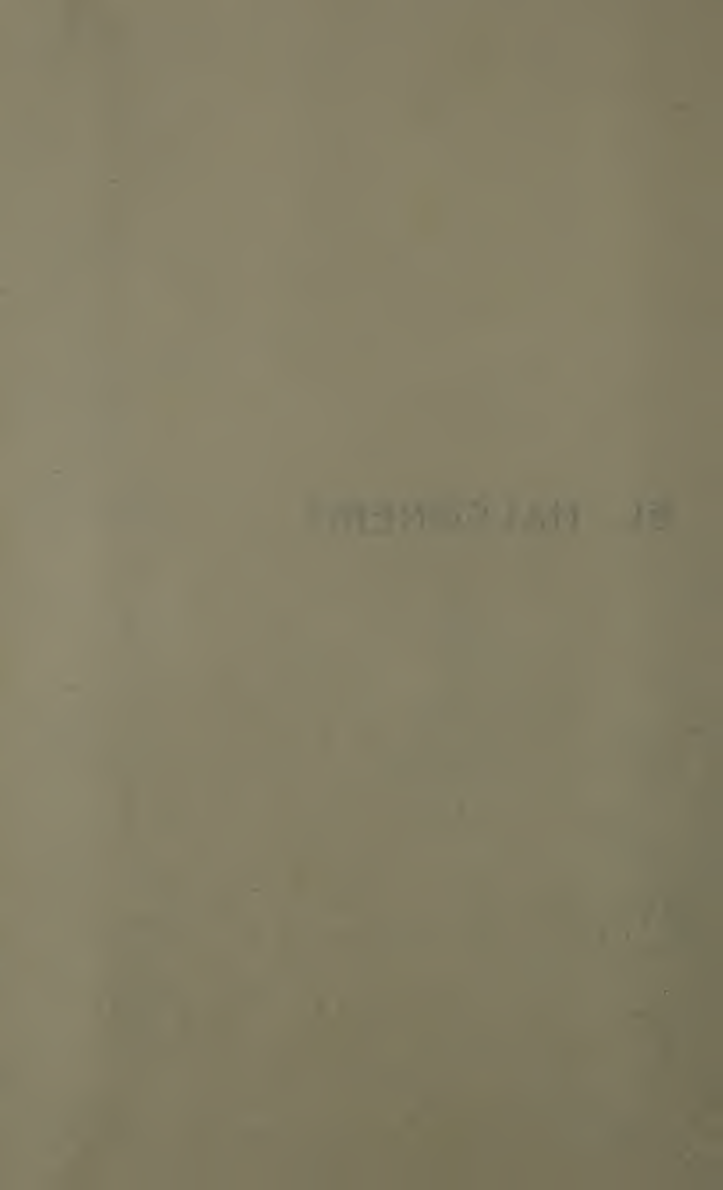



WILBUR L. CROSS LIBRARY


GREGORIO VICENTE
EL HALCONERO
trágico en tres
y en verso original de
Villaespesa
LIBRERIA DE LA Vª DE PUEYO — MADRID —

EL HALCONERO



OBRAS DE FRANCISCO VILLAESPESA

Poesía.

Intimidades.—Flores de almendro.—Luchas.—Confidencias.—La copa del Rey de Thule.—El alto de los bohemios.—Rapsodias.—Las canciones del camino.—«Tristitiæ rerum».—Carmen.—El patio de los Arrayanes.—Viaje sentimental.—El mirador de Lindaraxa.—El libro de Job.—El jardín de las quimeras.—Las horas que pasan.--Saudades.--«In memoriam».--Bajo la lluvia.—Torre de marfil.—Andalucía.—Los remansos del crepúsculo.—El espejo encantado.—Los panales de oro.—El balcón de Verona.—Palabras antiguas.—Jardines de plata.—El velo de Isis.—Lámparas votivas.—Ajimeces de ensueño. Campanas pascuales.—El reloj de arena.—Los nocturnos del Generalife.—La cisterna.—Poesías escogidas (de Eugenio de Castro).

En prensa.

Collares rotos.—El libro de los sonetos.—La Musa gitana.—La casa del pecado.—Paz.—Sonetos (de Anthero de Quental).

Prosa.

El milagro de las rosas.—El último Abderramán.—La venganza de Aischa.—Zarza florida.—Breviario de amor. La tela de Penélope.—Las joyas de Margarita.—Las

granadas de rubíes.—Las palmeras del oasis.—Primavera romántica.—Los suaves milagros.—Vida y Arte.—Julio Herrera Reissig.—Fiesta de la Poesía.

Teatro.

El Alcázar de las Perlas, tragedia árabe en cuatro acto y en verso.

Doña María de Padilla, drama histórico en tres actos y en verso.

El Rey Galaor, tragedia en tres actos y en verso, inspirada en un poema de Eugenio de Castro.

Judith, tragedia bíblica en tres actos y en verso.

Aben-Humeya, tragedia morisca en cuatro actos y en verso.

El Halconero, poema trágico en tres actos y en verso.

Era él, poema en un acto y en verso.

En el desierto, poema en un acto y en verso.

En prensa.

El suspiro del moro, tragedia árabe en cuatro actos y en verso.

La Leona de Castilla, tragedia castellana en cuatro actos y en verso.

La Reina del mar, poema trágico en tres actos y en verso.

La maja de Goya, episodio dramático en cuatro actos y en verso.

La Cenicienta, poema en un acto y en verso.

Castillos de naipes, poema en un acto y en verso.

Traducciones:

La Gioconda, de Gabriel D'Annuzzio.
Hernani, de Víctor Hugo.
Dolor supremo, de Marcellino Mezquita.
Almas enfermas, de Marcellino Mezquita.
El triunfo del amor, de Giusseppe Giacosa.
Una partida de ajedrez, de Giusseppe Giacosa.
La cena de los Cardenales, de Julio Dantas.
Don Beltrán de Figueroa, de Julio Dantas
Rosas de todo el año, de Julio Dantas.
Teatro, de Alfredo de Musset.

FRANCISCO VILLAESPESA

EL HALCONERO

Poema trágico en tres actos y en verso.



MADRID
LIBRERÍA DE LA VIUDA DE GREGORIO PUEYO
Calle de la Abada, 19
1915

Imprenta LA EDITORA, San Bernardo, 19 y 21, Madrid.—Tel. 3.432

DEDICATORIA

Al Excelentísimo señor
D. José Sánchez Guerra,
homenaje de

El Autor.

PERSONAJES DEL POEMA

ROSAURA
ANGÉLICA
VIOLANTE
BEATRIZ
LAURA
GASTÓN
EL CONDE DON DIONÍS
MICER PIETRO
MICER HAROLDO

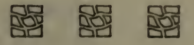
Damas, pajes y caballeros.

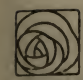
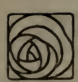
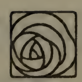
ACTO PRIMERO



ACTO PRIMERO

Los jardines del Rey Arturo. Al fondo, la fachada del palacio, coronada de góticos torreones. Amplia escalinata con balaustraje de mármol, conduce al pórtico. Avenidas de cipreses. A la izquierda, las márgenes de un lago. A la derecha, el bosque florido. Amanece.



ESCENA PRIMERA

ANGÉLICA y VIOLANTE

Conversando cerca del lago.

ANGÉLICA

¿Se levantó la Princesa?...

VIOLANTE

Hace ya tiempo que está
en la capilla, rezando...
No ha de tardar en bajar
con Beatriz, a los jardines,
que ya en el verde cristal
del lago, la Aurora empieza
lentamente a clarear...

Mirando al lago, en cuyos tersos cristales comienza a alborear el día.

¡Mira: florece en las aguas
como si fuera un rosal!...

Volviéndose de nuevo a Angélica.

Con nuestro buen rey Arturo,
don Dionís de caza va,
y al jardín, a despedirlos,
la Princesa bajará...

ANGÉLICA

¿Y no va de cetrería?...

VIOLANTE

No gusta de ella... Además
mañana es el casamiento...
¿Qué te parece el galán?...

ANGÉLICA

¡En lo apuesto y lo bizarro
don Dionís no tiene igual!...
Tan gallarda es su presencia
y tan noble es su ademán,

que tras él, para admirarle,
todos los ojos se van!...

VIOLANTE

Como si de súbito un recuerdo asaltase su imaginación, obscureciéndola.

¡Lástima me inspira el Conde!...

ANGÉLICA

¿Por qué?

VIOLANTE

Por que acabará
trágicamente... cual todos
los que se intenten casar
con Blanca Flor, la Princesa!...

Bajando la voz, con aire de misterio.

Dicen que un signo fatal
presidió su nacimiento...
¡Todo el que la llegue a amar,
a traición asesinado
fatalmente morirá!...

¡Y tales historias cuentan
que miedo escucharlas da!...

Con supersticioso terror.

Dos príncipes han venido
con la Princesa a casar,
y los dos en sus sepulcros
de mármol reposan ya!...
Al uno, muerto encontraron
en la cámara nupcial,
sin una herida... Y al otro
flotando sobre el cristal
de esa laguna... Tenía
clavado al pecho un puñal!...

ANGÉLICA

Horrorizada.

¿Y no averiguaron?...

VIOLANTE

Nada
se ha podido averiguar.
El Rey mandó hacer justicia,
y sólo por sospechar,

¡a cuántos pajes colgaron
del garfio de un almenar!...
¡Desde entonces la Princesa
se muere de soledad,
como un lirio que entre cirios
se deshoja en un altar!...

Pequeña pausa.

ANGÉLICA

¡Qué diferencia entre ella
y la Infantina!...

VIOLANTE

En verdad
que comparar a las dos,
es igual que comparar
a una tímida gacela
con un hambriento chacal!

ANGÉLICA

¿Tan cruel es la Infantina?

VIOLANTE

¡Bien se conoce que estás
ha poco tiempo en la Corte!...
No hay crueldad cual su crueldad!

Bajando aún más la voz.

A la marquesa Yolanda,
porque se atrevió un juglar
a encarecer sus pupilas,
mandó, envidiosa, cegar,
echándola de palacio
igual que se arroja a un can...
Y el juglar, en esa torre
desde entonces preso está...

Señalando al torreón de la izquierda.

Y allí vive, condenado
a morir de hambre... ¡Me da
miedo, si recuerdo el eco
de su voz, cuando a gritar,
igual que un loco se asoma
a esa ventana ojival!...

ANGÉLICA

¿Cómo en el cuerpo de un ángel
vive el alma de Satán?...
¡Porque en belleza, la Infanta
no puede tener rival!...

VIOLANTE

¡Pues en su propia belleza
radica todo su mal,
que los ojos que la miran
no la pueden olvidar!...

ANGÉLICA

Mirando a la escalinata y poniéndole la mano en la boca.

Alguien se aproxima...

VIOLANTE

Es ella!...

En lo alto de la escalinata aparece la bella y rígida figura de Rosaura, en traje de Corte. Dos pajes le sostienen la cola. Van descendiendo lentamente.

ANGÉLICA

¡Qué hermosa y pálida está!...

Disponiéndose a partir por la derecha.

VIOLANTE

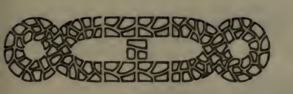
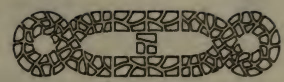
¿Te marchas?...

ANGÉLICA

A la Princesa
Blanca Flor, voy a avisar.

Sale mientras desciende la comitiva.



ESCENA II

ROSAURA, VIOLANTE, BEATRIZ, DAMAS Y PAJES

ROSAURA

Mientras desciende la escalinata y se aproxima al lago.

¡Magnífica mañana!... Tiempo hacía
que no vi amanecer... Semeja el lago
un gran charco de sangre... Está lo mismo
que la mañana aquella en que a Lotario,
el prometido de mi hermana, yerto
sobre sus claras ondas encontraron.
¿No recuerdas, Violante?... Como ahora
el alba florecía... Lo sacaron
cuatro pajes... Brillaba sobre el pecho
el pomo de un puñal ensangrentado;

y al transportarle, el musgo del camino,
rozaban, al pasar, sus yertas manos!...

VIOLANTE

¡Qué recuerdo, señora, qué recuerdo!

ROSAURA

¿Qué te pasa, Violante?... Está tan pálido
tu rostro, como el suyo... ¿No recuerdas?
Todas os desmayasteis a su paso...
Sólo yo, en la marmórea escalinata
de pie permanecí. Mi propia mano
el arma le arrancó, y de rubíes
su sangre salpicó mi velo blanco...
En sus ojos abiertos, donde el alba
llameaba, veíase el espanto...
Sobre su rostro doblegué mi frente,
y con mis besos le cerré los párpados!...

Como si el recuerdo se hiciese realidad, al evocarlo.

Era un alba magnífica de Junio...

Se detiene un instante. Después cambia de tono, dirigiéndose a Violante.

El Conde don Dionís, ¿aún no ha llegado?

VIOLANTE

Viendo está los halcones, con el Rey,
mientras frenan y ensillan los caballos.

ROSAURA

Con sorda y reconcentrada ironía.

¿Y la Princesa?...

VIOLANTE

Vuestra noble hermana,
en la vieja capilla está rezando.

ROSAURA

¡Oh, siempre tan piadosa!... Cuando reine,
en lugar de este Alcázar, será el claustro
la morada real, y en vez de sedas
la Corte vestirá sayal y hábito!...

Cambiando de nuevo de tono, y dirigiéndose hacia la derecha.

Voy á dar una vuelta en los jardines.

A las damas.

Aquí esperadme, y avisad si acaso
llega la Corte...

A una dama.

Ven conmigo, Laura.

BEATRIZ

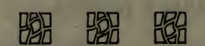
Se inclina.

Alteza, hasta después. .

VIOLANTE

Aquí esperamos.

Sale Rosaura por la derecha, seguida de Laura. Los pajes se inclinan a su paso, y se retiran después por el fondo.





ESCENA III

BEATRIZ Y VIOLANTE

VIOLANTE

Viendo desaparecer a la Infanta, en voz baja a Beatriz.

¿No te espanta, Beatriz, tanta perfidia?...
¡Ni un recuerdo siquiera para el noble
Conde Lotario, que murió en el lago!...

BEATRIZ

Temblando de inquietud.

¡Baja la voz, Violante!... Si nos oye,
para que el buen juglar tenga compaña,
nos mandará a lo alto de esa torre!...
¡Hoy está más alegre que acostumbra!...

VIOLANTE

¿Le ayudaste á vestir?

BEATRIZ

Y aunque te asombre,
al peinarla, al ceñirle las preseas,
ni una queja, Violante, ni un reproche!...
¡Me hablaba con amor... Me sonreía
con tal dulzura!...

Movimiento de extrañeza en Violante.

¡Sí!...

VIOLANTE

Como recordando.

¡Igual que entonces!...
¡Que la mañana aquella en que encontramos
flotando en ese lago al noble Conde!

Pequeña pausa. Avanzan al primer término.

BEATRIZ

¡Don Dionís, con qué pena verá el agua
que ensangrentó su hermano!...

VIOLANTE

Con misterio.

Voces corren
de que juró encontrar al asesino,
y a Lotario vengar...

BEATRIZ

Como a quien se le escapa un secreto.

¡Ay, pues entonces,
cumplir no ha de poder su juramento!

VIOLANTE

Sin poder refrenar su ansiedad.

¿Tú sospechas de alguien?...

Beatriz vacila en romper su secreto.

¿No respondes?...

BEATRIZ

¡Sólo digo, Violante, que quisiera
encontrarme a cien leguas de la Corte!...
Lo que vieron mis ojos, no se atreven
a pronunciar mis labios!...

VIOLANTE

Imponiendo silencio y señalando a las márgenes del lago.

Mas ¿no oyes?

Las dos se vuelven y miran.

BEATRIZ

Con alegría.

¡Qué hallazgo!... El halconero favorito
de Rosaura... ¡Gastón!...

VIOLANTE

¡Quién le conoce!
Ayer era el doncel más divertido,
el juglar más alegre... Y hoy si coge
el laúd, sus trovares son tan tristes
que hacen saltar las lágrimas!...

BEATRIZ

¡Quedóse
pálido como un muerto, y ya no cuida,
como antaño cuidaba, sus halcones!...

VIOLANTE

Vaga como un espectro, hablando solo...
Tiene los ojos húmedos e insomnes!...
Parece haber llorado...

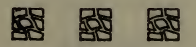
BEATRIZ

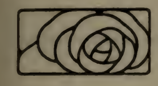
Aquí se acerca.

VIOLANTE

¡Ni a levantar los ojos atrevióse!...

Aparece el Halconero por las márgenes del lago, ensimismado y triste.



ESCENA IV

DICHAS Y EL HALCONERO GASTÓN

Las damas se dirigen alegremente a su encuentro.

BEATRIZ

¿Qué tábano, halconero, te ha picado?...

VIOLANTE

¿Te picó la tarántula, halconero?...

BEATRIZ

¿Qué náyade ojiverde te ha embrujado?...

VIOLANTE

¿Fulguraba en su frente algún lucero?...

BEATRIZ

¿A orillas de una alberca se peinaba
bajo el dosel florido de un rosal?...

VIOLANTE

¿Era de oro su túnica?...

BEATRIZ

¿Calzaba
irisados chapines de cristal?...

El Halconero permanece inmóvil.

VIOLANTE

¿Qué mala hierba enmudecer te hi o?...

BEATRIZ

¿Fué sortilegio de tu vieja amante?...

VIOLANTE

¿Qué filtro, di, Gastón, que bebedizo
ha dejado sin rosas tu semblante?...

BEATRIZ

Ya bajo el mirador tu voz no es una
alondra, ebria de luz, que anuncia el día!...

VIOLANTE

¡Ni ruiseñor que trina de alegría
bajo el beso de plata de la Luna!...

BEATRIZ

¿Qué te pasa, halconero? ¿Qué te pasa
que andas por los jardines mudo y triste,
huyendo de nosotras?...

VIOLANTE

¿Recibiste
alguna mala nueva de tu casa?...

BEATRIZ

¿Ha muerto, por tu ausencia, la doncella
a quien con tus canciones cautivaste?...

VIOLANTE

¿Estás enamorado de la estrella
que en el fondo de un pozo contemplaste?...

GASTÓN

Queriendo deshacerse de ellas; como un sonámbulo.

¡Dejadme, que me esperan mis halcones!...
Soy halconero... Mis halcones cuido...

VIOLANTE

Antes también cuidabas tus canciones...

GASTÓN

Mas, rompieron sus trabas... y se han ido!
¡Dejadme!... Tengo prisa...

VIOLANTE

¿Quién te espera
con la Aurora?...

BEATRIZ

¿La virgen a quien amas,
te dió cita, doncel, bajo las ramas
que de flores cubrió la Primavera?...

GASTÓN

¡Dejadme solo!... Soy un apestado,
y apesto todo cuanto tengo al lado!...
Huid de mí, que mi mal es contagioso...

VIOLANTE

¿Qué tienes, halconero?... Estás leproso?

GASTÓN

¡Qué más lepra que estar enamorado!...

Quiere escapar, pero las damas lo detienen de nuevo.

VIOLANTE

Halconero ¿de quién?... Dinos.,.

BEATRIZ

¿De alguna
princesa, por los genios encantada
bajo el cristal azul de la laguna?...

VIOLANTE

Dinos, Gastón, el nombre de tu amada!..

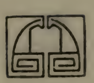
GASTÓN

Queriendo escapar; como quien sueña.

Estoy enamorado... de la Luna!

Las damas rien, y la Infantina Rosaura que se ha ido acercando cautelosamente al grupo, lanza una vibrante carcajada. Gastón se vuelve, y al reconocerla, se queda como petrificado. Las damas se inclinan ante la Infanta.



ESCENA V

DICHOS, ROSAURA, DAMAS Y PAJES

ROSAURA

De la Luna? ¡Qué horror!... Pues ten cuidado
no te vaya a ocurrir lo que al impío
pastor, que de la Luna enamorado,
por quererla besar se ahogó en un río!...

Cúrate de ese amor, pobre halconero!...
Da el amor de la Luna mala suerte...

GASTÓN

¡Si yo como el pastor por ella muero,
al expirar, bendeciré mi muerte!...

ROSAURA

Cambiando de tono, con acento insinuante de ironía.

Alta la Luna está para tu mano!...

GASTÓN

Mas me quedan los ojos para verla!...

ROSAURA

Cegar pueden tus ojos...

GASTÓN

Será en vano!...
¡Me resta el corazón para quererla!...

ROSAURA

Dulcificando la voz.

¡Gentil y amable tu respuesta ha sido!
Si la Luna, Gastón, la hubiese oído,
para pagar cariño tan ferviente,

quizás besase con la plateada
y quimérica luz de su mirada
la palidez marmórea de tu frente!...

Mirándole con persistente interés.

¡Vamos, pobre Gastón, lanza al olvido
tus amores fantásticos!... ¡No quiero
verte sufrir así, pobre halconero!...

GASTÓN

Frenético de felicidad.

¡Bendito el dardo que mi pecho ha herido,
y bendita la muerte de que muero!...

ROSAURA

Triste no quiero verte en este día,
víspera de una boda...

Con intención, dejando caer las palabras.

¿Tus halcones
preparaste?... ¿No vas de cetrería
con el Rey y los nobles Infanzones?...

GASTÓN

El Conde don Dionís, será mi dueño
cuando despunte el sol. Sobre mi puño
aleteará, glorioso de su empeño,
vuestro halcón favorito: el bravo Ortuño...

Halcón más fiero y más voraz, no cruza
el cielo azul...

ROSAURA

¡Su gentileza adoro!...
¡Toma este rico cascabel de oro
para adornar con él su caperuza!...

Dándole un guinzo de oro.

GASTÓN

En un arranque de orgullo.

¡Gracias, gracias, Alteza!... Mas yo os juro,
por vuestro nombre y por mi honor, Princesa,
que en sus garras traerá gloriosa presa!..

ROSAURA

Con desprecio.

¡Alguna humilde garza, de seguro!...

HALCONERO

Altivamente.

¡No ha de ser una tímida avecilla,
sino un águila heráldica y rampante,
como la que orgullosa y arrogante
en el blasón de vuestro escudo brilla!

ROSAURA

Mirándole fijamente, después de breve pausa.

Mas, en tanto que ensillan los corceles,
recítame, halconero, alguna de esas
trovas enamoradas, con que sueles
matar tus ocios...

VIOLANTE

Alegremente.

La de las princesas
enamoradas de los trovadores!...

BEATRIZ

La de Amadis y la Bella Sultana!...

ROSAURA

Imperiosamente.

La de aquel paje que murió de amores
por una noble Infanta castellana!...

El Halconero descuelga del cuello un pequeño laúd, y a sus sones empieza a recitar, con la vista baja y la voz tímida, en medio del coro de las damas. A medida que va recitando su voz se anima y su expresión se transfigura.

GASTÓN

Es cruel como un ogro Ximena, la Infantina...
Parece hija del diablo y de una concubina...
¡De sus manos te libre el Señor, golondrina,
pues sacará tus ojos con una aguja fina!...

¡Lebrel, si amas la vida y conservarla quieres,
huye como de una víbora, si la vieres,
pues te dará resiente con puntas de alfileres!

A su puerta no llames, pobre mendigo anciano,
que está cerrada a todo sentimiento cristiano!...
¡Te arrancará las barbas de armiño con su mano!...
¡Te echará a la pocilga donde gruñe el marrano!...

El cuerno del viandante no soples, buen juglar,
ni a su presencia nunca te pongas a trovar,
que ella, el laúd, tu única gloria, te ha de quebrar!...

¡Es malvada! Sus manos que envidian serafines,
por las que tantas lanzas rompen los paladines,
derriban los nidales que alegran los jardines,
y matan las abejas con ramos de jazmines!...

Y con sus escarpines de oro, en el sendero,
le troncha las patitas al implume jilguero,
y aplasta a las hormigas que van a su hormiguero!

¡Oh, pobre paje rubio, que por el huerto en flor,
de la Luna de Mayo bajo el claro fulgor,
vagas como una sombra, sollozando de amor,
hasta caer rendido al pie del surtidor!...

¡Antes de ver los ojos que causaron tu pena,
más te valiera, paje, colgarte de una almena,
que es cruel como un ogro, la Infantina Ximena!









ESCENA VI

DICHOS Y ANGÉLICA

ANGÉLICA

Interrumpiéndoles desde lo alto de la escalinata.

Beatriz!... Violante!...

VIOLANTE

¿Quién llama?...

Todas se vuelven.

ANGÉLICA

¡Beatriz!... ¡Violante!... Venid,
porque la Princesa quiere
también bajar al jardín

a despedir a la Corte,
y aún está en su camarín
sin ataviarse, esperando
que le ayudéis a vestir!...

Desaparece por la escalinata.

VIOLANTE

Inclinándose ante la Infanta.

Si su Alteza no lo impide...

ROSAURA

Con ira reconcentrada.

¡Cómo lo voy a impedir!...
¿Quién soy yo?... Mísera Infanta...
y ella será reina al fin!...
Vuestra reina... ¡La heredera
de este trono!...

Con imperio.

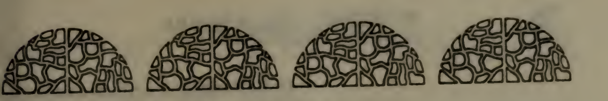
Vé, Beatriz,
y tú, Violante... Idos todas!...
¿Qué falta me hacéis a mí?...

Las damas se inclinan y se van silenciosas por la escalinata. Los pajes las siguen. Gastón va a partir también, pero se detiene a una señal de la Infanta.

Tú, Gastón, solo conmigo
te quedas en el jardín...

Gastón se estremece deteniéndose, con el laúd aun en la mano.





ESCENA VII

ROSAURA Y GASTÓN

ROSAURA

Volviéndose sonriente a Gastón.

¿Por qué tiemblas, halconero,
y palidece tu tez?...
Según me miran tus ojos
no parece si no que
tú eres el paje... y yo soy
la Infanta Ximena... ¡A ver,
si eres tú como él amante,
y yo como ella cruel!...

El Halconero se agita convulso.

¡Pobre halconero! ¿qué tienes?
¿Por qué tiemblas?... ¿Dónde fué
tu arrogancia de otros días,
aquella noble altivez
que te hizo mi favorito?...

GASTÓN

¡Mi señora, no os burléis!...
Me dijisteis que trovara,
y yo gustoso trové...
Si os desagradó la trova
mi pobre laúd romped,
que antes de desagradaros
la muerte preferiré!...

ROSAURA

¡Pobre halconero!... En tus ojos
una lágrima se ve...
Se detiene en tus pestañas
sin atreverse a caer,
como si se avergonzase
de su propia timidez!...

Con insinuante compasión, arrullándole con sus palabras.

¡Vamos, pobre niño, calma!...
Si ante el cortejo del Rey
así te muestras, de fijo
se burlarán...

GASTÓN

Fieramente.

Mas ¿por qué?...
¡Quien lo intentase, caería
desangrándose a mis pies!...

ROSAURA

¡Bravo ademán!... ¡Noble gesto!...

Con profunda ironía.

Mas, tus manos de mujer
¿podrán—oh, noble halconero—
una espada sostener?...

GASTÓN

¡Señora, piedad, señora!...

ROSAURA

Alejándose despectivamente.

Y digno eres de ella, pues
tu brazo es débil... y el alma

igual que tu brazo es!...
Mano que pulsa el laúd
no esgrime la espada bien!...

GASTÓN

Deteniéndola, con irrefrenable ímpetu.

¿Una presa me pedisteis?...
Pues juro que os la traeré,
antes que muera en los cielos
el sol que empieza a nacer!...

ROSAURA

Riendo.

¡Pobre Gastón!... Estás loco...
¿Qué vas, débil niño, a hacer?...

GASTÓN

A demostraros que puedo
blandir la espada también!...

ROSAURA

Adiós!... Te dejo...

Haciendo que se va.

GASTÓN

Como un loco.

Escuchadme!...
Tenéis que escucharme!...

ROSAURA

Volviéndose sonriente y clavando en él sus pupilas dominadoras.

¿Qué?...

Gastón se queda inmóvil, aterrado de su atrevimiento, sin fuerzas ni para levantar los ojos del suelo.

Vamos, habla... Te has quedado
mudo, halconero, también?...
¿Respondes?...

GASTÓN

Cayendo de rodillas.

¡Piedad, Alteza!...
Quiero hablaros... y no sé
qué deciros... Estoy loco...
¡Mi llanto, señora, ved,
y si tenéis alma humana
mi dolor compadeced!...

Sollozando, con las manos tendidas.

Sólo compasión os pido!...
¡Sólo piedad!...

ROSAURA

Con forzada ingenuidad.

Mas ¿por qué?...
En qué me ofendiste?...

GASTÓN

Como espantado.

Acaso
yo os he podido ofender?...
Si mi lengua os ofendiese,
aunque fuera sin querer,
de raíz me la arrancara!...

ROSAURA

Alzándole e intentando de nuevo marcharse.

Vamos, Gastón, calma ten,

Bajando de nuevo la voz y con profunda intención.

que pronto te irás de caza
con el cortejo del Rey!...
Cuida mi Ortuño... y que traiga
la presa ofrecida!...

GASTÓN

Aunque
la vida me vaya en ello,
la presa juro traer!...
Pero oidme...

Queriéndola detener.

ROSAURA

Adiós!...

GASTÓN

¡Señora,
escuchadme!...

ROSAURA

Poniendo una mano en la boca.

¡No podré,
que hay cosas que ni pensadas
en silencio, pueden ser!

GASTÓN

Interponiéndose resueltamente.

Si no me escucháis, me mato,
aquí mismo, a vuestros pies!...

ROSAURA

Con sarcástica sonrisa.

Si no tienes puñal, toma
este mismo...

Saca del seno un rico puñal cincelado y se lo ofrece.

Lo arranqué
del pecho del noble Conde
Lotario, la aurora en que
flotando sobre ese estanque
le hallaron muerto. Mas, vé...
¡Está manchado de sangre
hasta en el pomo!...

GASTÓN

Echándole mano.

¡Hasta él,
en lo más hondo, señora,
del corazón me hundiré!...

ROSAURA

Deteniéndole la mano en el momento en que va a herirse.

Apártalo, ¡pobre niño!...

Con insinuante misterio.

Busca otro pecho más bien!...
Otro pecho que se oponga
a tu dicha!...

Va a irse.

¡Adiós!...

GASTÓN

Deteniéndola.

¡Tened!...

Como ebrio.

ROSAURA

Volviéndose a él.

¡Adiós, adiós, pobre niño!...

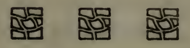
Le toma violentamente la cabeza entre las manos, y le ofrece los labios.

Toma mis labios...

Le besa.

¡Ya ves
cómo se engaña tu trova
cuando me llama cruel!...

Se aleja solemnemente, imponiéndole silencio con un gesto, y asciende a la escalinata. De cuando en cuando vuelve los ojos y le mira provocativamente, sonriéndole. Gastón, desfallecido de felicidad, se desploma sobre un banco de mármol, en el centro de la escena.





ESCENA VIII

GASTÓN

Solo en el banco.

¡Corazón!... ¡Corazón! ¿no la has oído?...
¿Y no estallas de júbilo?... ¡Alma mía!
¿cómo muerta a sus plantas no has caído?...
¡Para alumbrar mi amor, florece el día!...

Siento mi carne y mis pupilas, llenas
de la alegría de ese azul bendito...
¡Todo el oro del sol arde en mis venas,
y mi pecho se ensancha de infinito!...

¡Ojos que la mirasteis inclinada
sobre mí, respondedme:—¿Es cierto, es cierto
que ha clavado en vosotros su mirada?...
¿Estoy dormido aún o estoy despierto?...

¿Es verdad, es verdad, pobres oídos,
que ella alentó mi amor?... ¿No la he escuchado
de rodillas, suspensos los sentidos,
como si el mismo Dios me hubiese hablado?

¡Labios, que entre sus labios aspirasteis
todo el perfume de una Primavera
inmortal, ¿es verdad que la besasteis
o fué todo tan sólo una quimera
que en una noche de pasión soñasteis?...

Reparando en el puñal y esgrimiéndole al sol.

Mas aquí está el puñal, que de mi empeño
atestigua, en mis manos, la ventura...
¡Su hoja sangrienta donde el sol fulgura
dice que ha sido realidad mi ensueño!

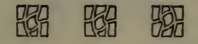
Con celosa ira.

¡Oh, don Dionís... Tu muerte es infalible!...
¿Un crimen?.. ¿Qué es un crimen comparado
con el inmenso bien de haber besado
aquello que creímos imposible?...

En tu garganta se hundirá este acero,
puesto que ella lo quiere... ¿Qué me importa
una vida, y dos mil, y el mundo entero,
si ante su amor la eternidad es corta?...

¡Gastón, eleva tu arrogante frente!...
¡Eres un Dios!... Sus labios te han ungido
de eternidad... Tu corazón ¿no siente
que en su interior, florecen, de repente,
todas las rosas del jardín florido?...

¡Corred, lágrimas tímidas y amantes,
perlas que sobre mí vierten los cielos...
¡Desahogad mi placer, igual que antes
desahogasteis mis penas y mis celos!...





ESCENA ÚLTIMA

DICHO Y ANGÉLICA

Que penetra por la ribera del lago
y se aproxima sonriente a Gastón.

ANGÉLICA

¡Por fin, Gastón, que te he hallado!
De la Aurora a los fulgores
en vano el rastro he buscado
de tu planta entre las flores!...

Contemplándole ansiosamente.

Tienes el rostro de cera...
¿Por qué lloras, mi Gastón?...

GASTÓN

Como soñando.

¡Cállate!... La Primavera
florece en mi corazón...

Es extraño ¿no es verdad?...
¡Bendito el llanto que ves
en mis ojos, porque es
llanto de felicidad!...

Tomándola de las manos.

¡Qué feliz amaneció!...
El cielo, el jardín, la Aurora...
todo parece que llora
lo mismo que lloro yo!...

¡Qué aroma!... ¡Qué claridad!...
El lago entero florece...
Todo, hasta el aire, parece
que huele a felicidad!...

Repican las lejanas campanas de un claustro. Empieza el alba.

Hoy, Dios ha vertido aquí
todas las dichas humanas...
Escucha... ¡Hasta las campanas
repicando están por mí!...

Parece el clamor sonoro
que anuncia resurrección,
como una lluvia de oro
dentro de mi corazón!...

Todo en mí es alegría...
El sol que empieza a lucir
alumbra mi primer día,
porque hoy comienzo a vivir!...

¡Alégrate, porque estoy
de alborozo tan henchido
que nadie, Angélica, ha sido
tan feliz como yo soy!...

¡Es tanta mi dicha, tanta
que repartirla pudiera
con todos, sin que perdiera
nada de ella!... Me levanta

tan alto sobre la tierra,
que desde su cumbre toco
la gloria!...

ANGÉLICA

Espantada.

¿Te has vuelto loco?...
¡Tu felicidad me aterra!...

Y si antes, tu dolor
me llenaba de amargura,
hoy, Gastón, tanta ventura
me causa pena mayor!...

Pequeña pausa. Estrechando entre las suyas las manos del Halconero.

Cuando a la Corte llegué
hace tres meses, creía
que en ella te encontraría
tan feliz como soñé!...

Tan alegre como eras
en aquel tiempo lejano,
cuando, jovial, de mi mano
andabas por las praderas

de nuestro valle natal,
ebrio de luz y poesía,
y para mí siempre había
en tu labio un madrigal!...

Pero te hallé tan extraño,
tan otro, que hasta de mí,
que más que tu hermana fuí,
si te busco, huyes huraño!

Y llorando tu rigor,
mi alma, de tu pena esclava,
a solas se preguntaba:
—¿Pero qué tendrá, señor?...

GASTÓN

¡Pobre Angélica!... Recobra
la paz, si sufres por mí...
¡Con la dicha que me sobra
feliz puedo hacerte a ti!...

Por mí, tu pálida tez
en llanto no bañarás...
¡Siempre alegre me verás
igual que en nuestra niñez!...

Y enlazados de las manos,
felices a todas horas,
como en aquellas auroras
aun seremos más que hermanos!...

Animándola.

¡Pobre Angélica!... ¿No ves
mi entusiasmo y mi alegría?...
La fortuna, en este día,
he encadenado a mis pies!...

Piensa en el gozo callado
de un ciego que de repente
cobra la vista, y se siente
por la vida deslumbrado:

y sólo así a comprender
mi ventura llegarás...

Con misterio.

¡Ni más tú debes saber
ni decir yo puedo más!...

Resuena un clamor de trompas de caza.

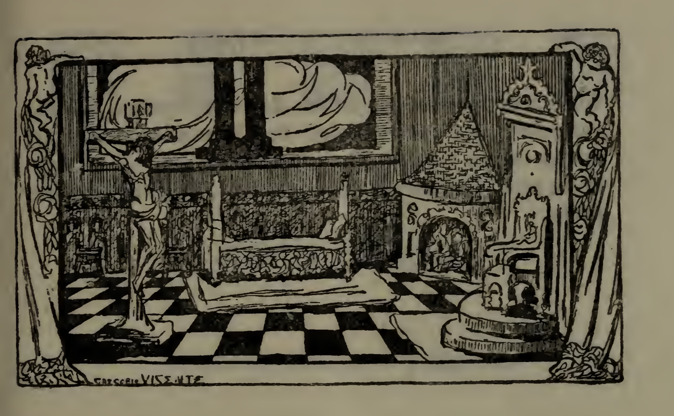
¡Adiós!... A la cetrería
me llama el áureo clamor
de esos clarines... ¡Buen día
de caza!... Será el mejor

que en mi existencia he tenido!...
¡Hoy mi halcón a cazar va
el bien que lloraba ya
eternamente perdido!...

Se va precipitadamente por el fondo entre el clamor de las trompetas, dejando a Angélica turbada en el centro de la escena, mientras desciende lentamente el telón.



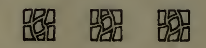
ACTO SEGUNDO

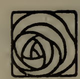
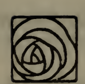
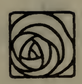


ACTO SEGUNDO

Salón gótico en el palacio del rey Arturo. Al fondo, una amplia galería abovedada que cierra el balaustraje de mármol de la escalinata que conduce a los jardines. Por el hueco florido de los arcos resplandece la maravilla de las frondas envuelta en la plata azulosa y deslumbrante del plenilunio. A la derecha, dos grandes puertas que dan a los departamentos del Rey. A la izquierda, otra puerta oculta por un rico tapiz, que sirve de entrada al reposorio de la Princesa; y en el mismo lado, a segundo término, un Cristo de talla, en una hornacina empotrada en el muro, iluminado por una lámpara de plata. La luz de la lámpara alumbra tristemente la escena. Sillones de alto respaldo en cuyos remates, sostenidas por dos

ángeles de bronce, que sirven de lambrequines, brillan, esculpidas, las armas reales: dos leones rampantes de oro en campo de plata. En las garras de uno se abre un lis de azur, y en las del otro se retuerce una serpiente de sable.



ESCENA PRIMERA

ANGÉLICA, VIOLANTE y BEATRIZ

Conversando, en voz baja, en el centro de la escena.

VIOLANTE

¡Malhaya la cetrería,
que a este reino va a dejar
como a un huerfanito ciego
perdido en la obscuridad!

BEATRIZ

Al internarse en el bosque
la comitiva real,
el corcel del rey Arturo
resbaló en un matorral,
y a tierra, con su jinete
malherido, vino a dar!

ANGÉLICA

Y cuatro pares del reino,
los de más noble solar,
en hombros, sobre un escudo,
lo entraron en la ciudad!

Los ojos vítreos traía
y ensangrentada la faz,
¡y las gentes sollozaban
al contemplarlo pasar!

BEATRIZ

Y luchando con la muerte
lleva una semana ya!...

VIOLANTE

¡Malhaya la cetrería,
que a esta tierra va a dejar
como enlutada viuda
sin amparo y sin hogar!

Pequeño silencio.

BEATRIZ

Y no habla nada?...

ANGÉLICA

Tan sólo
a su estancia mandó entrar
a la Princesa y al Conde:
—¡Hijos—exclamó—doblad
la rodilla, y recibid
mi bendición paternal,
que quiero veros casados
antes que llegue a expirar!—

Era su voz un gemido;
y al esfuerzo para hablar,
sobre su pecho, veíase
su luenga barba temblar!...
Y hoy, junto a su mismo lecho,
levantaron un altar,
y a presencia de la Corte
les ha unido el Cardenal!...

Los novios y el moribundo
comulgaron a la par!...

Y a la Princesa causóle
tal impresión, que al final,
desmayada hasta su lecho
la tuvieron que llevar!...

BEATRIZ

Y el novio?...

VIOLANTE

A la Corte entera
ha mandado convocar
esta noche, no se sabe
con qué objeto... Mas será
alguna nueva desgracia,
que cuando los lobos dan
en atacar un rebaño,
no paran hasta acabar,
porque los hambrientos llegan
cuando los hartos se van!

Con recelo, como si temiese que la oyeran.

Se dice que de su hermano
Lotario,—de aquel galán
tan apuesto y generoso,
que en vísperas de casar
con la Princesa, encontraron
muerto sobre ese cristal,—

Señalando al lago.

el secreto de la muerte
ha logrado averiguar...
¡Y ante ese Cristo ha jurado
su noble sangre vengar!...

BEATRIZ

Sin poder contenerse.

Si la Infantina quisiera,
bien le pudiera informar!...

Todas se estremecen al escuchar el nombre aborrecido.

ANGÉLICA

La Infantina es una víbora
enroscada en un rosal!...

Y ¡ay! de aquel, que de sus flores
quiera el perfume aspirar,
que en sus venas la ponzoña
de la muerte sentirá!...

BEATRIZ

Parece que en estos días
ha aumentado su crueldad...

ANGÉLICA

Profundamente emocionada, con un dejo de ira en sus palabras.

Ayer azotó a una esclava
con tanta ferocidad,
que la sangre de la mísera,
de las venas al brotar,
bordó de vivos rubíes
el tisú de su brial!...

Y hasta a Gastón, su halconero,
de grillos mandó cargar,
encerrándole en la torre
más alta de la ciudad...

Y gracias que la Princesa
se interpuso, si no ya
tan sólo nos quedaría
de tan bizarro galán,
un esqueleto pendiente
del garfio de un almenar!...

BEATRIZ

¿Por qué con él tanta saña
siendo su paje?...

VIOLANTE

Viendo aparecer por la primera puerta de la derecha a Micer Haroldo.

¡Callad!...
De la Cámara del Rey
sale el Canciller Real!...

Todas se aproximan ansiosamente al que sale, para inquirir noticias.



ESCENA II

DICHAS Y MICER HAROLDO

VIOLANTE

¿Cómo sigue el Soberano,
Micer Haroldo?...

HAROLDO

¡Muy mal!
Con el fulgor de esa luna
su vida se apagará,
pues dicen que su destino
ligado a Luna está,
y del destino las leyes
nadie las puede burlar!

BEATRIZ

Micer Pietro, el florentino,
con su ciencia ¿no podrá
salvarle?...

VIOLANTE

Dicen que ha hecho
tales prodigios, que más
que prodigios son milagros!...

HAROLDO

Severamente, señalando al Cristo.

¿Milagros?... ¡No blasfemad!...
¡Sólo Aquél que en el madero,
clavado y sangrando está,
sólo Aquél, de hacer milagros
y prodigios es capaz!

La ciencia del hombre es solo
vanidad de vanidad:
humo que más se disipa
cuanto se levanta más!

ANGÉLICA

Mas cuentan que el florentino
al señor de Mirabal,

que volvió de las Cruzadas
leproso, con solo untar
sus lacras, con hierbas de esas
que crecen en la humedad
de los pantanos del Ródano,
la lepra logró curar...
¡y hoy es gala de Provenza
el señor de Mirabal!

VIOLANTE

Y al Papa, que en Avignón
es luz de la Cristiandad,
¿no fué Micer Pietro quien
sanó de su enfermedad,
de la enfermedad que todos
reputaban de mortal? ..

HAROLDO

Ni al Soberano Pontífice
ni al baronel provenzal

su hora les hubo llegado,
como le ha llegado ya
al Monarca que a estos reinos
sin cabeza va a dejar!...

BEATRIZ

¿No hay esperanza?...

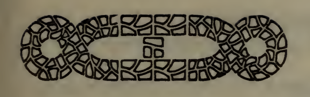
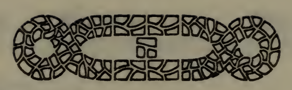
HAROLDO

¡Ninguna!...
Ya ha empezado a agonizar...
La noticia por el reino
voy a mandar pregonar...
¡Vosotras, arrodilladas,
pedid al cielo piedad
por su alma, porque presto
oiréis, medrosas, doblar
por nuestro Rey, las campanas
de la vieja Catedral!...

Sale lentamente por la galería del fondo. Las damas le siguen, y mien-

tras él desciende por la escalinata, se agrupan conmovidas al amparo de los arcos, y así permanecen un instante, contemplando el encanto blanco y perfumado de la noche plenilunar.



ESCENA III

TODAS MENOS MICER HAROLDO

ANGÉLICA

¡Qué noche!... No sé qué tiene
la Luna, qué hay en el viento,
que dentro del pecho siento
que el corazón se detiene

como encogido de espanto,
y hasta mis pupilas sube
algo así como una nube
que quiere estallar en llanto!...

Todas se estremecen y se estrechan entre sí aterradas, mientras

desgarra el silencio el alarido de un pavo real.

VIOLANTE

¿Oyes?... Los blancos pavones
en los altos balaustrajes,
estremecen sus plumajes
en medrosas convulsiones;

y su alarido resuena
en la noche limpia y clara,
igual que si un alma en pena
por el silencio pasara!...

BEATRIZ

Temblando entre los jazmines
la Luna es como un sudario
que amortaja el solitario
ensueño de los jardines.
En el pavor de la hora
callaron los ruiseñores,
y hasta parece que llora
la voz de los surtidores!...

ANGÉLICA

Hay como un sordo lamento
de garganta estrangulada
en el suspirar del viento
entre la verde enramada!...

Y los golpes del batán
me estremecen de pavura...
¡Parece, Beatriz, que están
cavando una sepultura!...

Reparando en la lámpara. Todas se vuelven aterradas.

Y hasta la luz temblorosa
de la lámpara que arde
al pie del Cristo, cobarde
se agita y tiembla medrosa;

y su círculo movible
de sombra, a veces, se para,
cual si apagarla intentara
alguna boca invisible!...

Pequeña pausa. Se dirigen al amparo de la santa hornacina.

BEATRIZ

¡Ay, tengo miedo!

Se arrodillan al pie de la Cruz, con las manos tendidas en una fervorosa imploración.

VIOLANTE

¡Señor,
por tus angustias y por
los martirios de la Cruz,
ampara al Rey!...

BEATRIZ

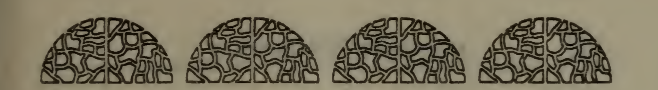
¡Dadnos luz
en esta noche de horror!...

ANGÉLICA

¡Por la corona de abrojos
que aún sangra sobre tu frente;
por el llanto de tus ojos,
ampáranos, Dios clemente!...

Permanecen inmóviles orando, mientras por la galería del fondo, bajo el hechizo misterioso de la Luna, aparecen Rosaura y Gastón. Al rumor de los pasos sobre el losaje de mármol, las orantes se agitan, estremeciéndose de terror, pegándose las unas a las otras en un abrazo de miedo: tal un rebaño al sentir las pisadas cautelosas de las fieras hambrientas.





ESCENA IV

DICHAS, ROSAURA Y GASTÓN.

ROSAURA

Avanzando hacia el centro y contrariada por la presencia de las damas.

¿Qué hacéis aquí arrodilladas?
No es este vuestro lugar...
En la sala entre los pajes,
oyendo a un viejo juglar
maravillosas leyendas
de amor y guerras narrar,
o junto al lecho en que yace
vuestra Princesa Real!...

Las damas se van levantando lentamente, inclinándose con respeto ante Rosaura.

VIOLANTE

Alteza, al cielo pedíamos
que tuviese caridad
de estos reinos infelices
que sin Rey van a quedar!

ROSAURA

Imperiosamente.

¡Idos pronto a vuestros puestos!

VIOLANTE

Nuestra intención perdonad!

Se inclinan y salen por la segunda puerta de la derecha.

ANGÉLICA

En voz baja al salir, dirigiéndose a Beatriz.

¡Beatriz, tiene su semblante
esa belleza fatal,
con que subyuga y fascina
a las almas Satanás!

ESCENA V

ROSAURA Y GASTÓN

ROSAURA

¿Qué bien, Gastón, cumpliste tu promesa?...
¿Qué bien trajo, en sus garras sanguinantes
mi heroico halcón, la codiciada presa?
Aún en tu cinto, orlada de diamantes
la rica y cincelada empuñadura,
del tahalí de púrpura prendido,
esperando que cumplas lo ofrecido,
con regia pompa tu puñal fulgura!...

GASTÓN

En un balbuceo doloroso.

Perdonadme, señora! .. El incidente
del Rey interrumpió la cetrería...
Mas, yo os juro!...

ROSAURA

Desdeñosamente.

De nuevo juraría
tu labio contumaz, inútilmente!...

¡Malhaya la que abriga confianza
en un doncel imberbe, cuyo brazo
por pulsar el laúd, dejó la lanza!...

GASTÓN

En un arranque de fiereza, contemplándola fijamente.

Mantengo mi promesa, y os emplazo
a mantener la vuestra... Antes que el día
la alondra anuncie en la extensión serena,
o colgará mi cuerpo de una almena
o habré cumplido la promesa mía!...

Dejad que mi furor de nuevo intente
cumplir lo que ofrecí... Si falla, ahora,
podéis burlaros de mi amor, señora...
Mas confiad en mí!, que en tanto aliente

Gastón, será más vuestro que ese vano
zafiro, que cual lágrima caída
de un azul muy sereno y muy lejano,
puso un poco de cielo en la florida
alba primaveral de vuestra mano!...

ROSAURA

Lanzando una carcajada.

¡Valiente paladín!...

Le vuelve despectivamente la espalda.

GASTÓN

Trémulo de ira, sin poder contenerse.

¡Si se burlara
como vos os burláis, el más valiente
guerrero de la Corte, frente a frente
la lengua y la existencia le arrancara!...

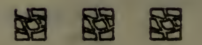
Pero sois vos, señora... Y vos tenéis
razón para burlaros. Mas, prometo
que antes que asome el Sol, conoceréis
el temple de mi alma...

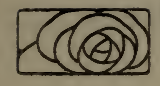
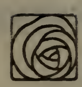
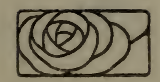
ROSAURA

Con feroz ironía.

Acepto el reto!...

Gastón intenta replicar, pero Rosaura le impone silencio al ver aparecer por la puerta de la izquierda al Conde Don Dionís, seguido de sus pajes y escuderos.



ESCENA VI

DICHOS Y EL CONDE DON DIONÍS. PAJES Y ESCUDEROS

Éstos y Gaston forman un grupo animado en el fondo.

DON DIONÍS

Inclinándose.

¡El cielo guarde vuestra vida, Alteza!...

ROSAURA

¡El proteja la vuestra, noble hermano!

DON DIONÍS

¡Oh, por piedad, no pronunciad tal nombre
en el lugar donde cayó Lotario,
mientras su sangre, que es la sangre mía,
mi afecto fraternal no haya vengado!

ROSAURA

Olvidad...

DON DIONÍS

No es posible! Si olvidara
no fuese caballero ni cristiano!
Al saber la noticia de su muerte
mi corte entera convocó un heraldo,
y en el altar mayor de mi capilla,
delante de los nobles, con la mano
puesta sobre los Santos Evangelios
y la cruz de mi espada sobre el labio,
por las santas cenizas de mis padres,
a presencia de Dios, juré vengarlo!

ROSAURA

Trémula de ira, más intentando reprimirla.

¿Sospechasteis?...

DON DIONÍS

Con ruda franqueza.

Del Rey, de la Princesa...
Perdonad lo que os digo .. Aquí me trajo
más que impulsos de amor, sed de venganza!...

ROSAURA

Atajándole con fiereza.

¡Callad, porqué la sangre del más alto
monarca de la tierra, del más noble
de todos cuantos arrastraron manto
y ciñeron corona, Conde, estáis
con tan viles sospechas ultrajando!...

DON DIONÍS

Con dignidad.

Respeto a vuestro padre igual que al mío,
y a vuestra hermana como esposa amo...
¿Y cómo decid, cómo les amara
si aún de ellos siguiera sospechando?...

En voz baja, con profunda alegría.

Además, de la bárbara tragedia
el secreto fatal tengo en mis manos...
En poder de mis gentes ha caído
un juglar, y si no lo ha revelado,
ya lo revelará, que en el tormento
no hay misterio que no aclaren los labios!...

ROSAURA

Contrariada y pálida, pero intentando d.sfrazar su turbación.

¿Un juglar?... Permitidme que me ría...
¿De un mísero juglar vais a hacer caso?...

DON DIONÍS

¡Si al fin el nombre del traidor obtengo,
el mísero juglar será sagrado!...
Y para castigar al asesino,
el tormento más trágico y más bárbaro;
todo cuanto soñar pueda en las fiebres
de sus noches de insomnios un tirano;
todas las penas del infierno juntas,
no han de saciar la furia en que me abraso!...
Y por más noble que su estirpe sea,
aunque fuese el más alto soberano
de la tierra, en su sangre, gota a gota,
he de vengar la sangre de mi hermano!...

ANGÉLICA

Desde la puerta.

Venid! El Rey os llama...

ROSAURA

Deteniendo a Don Dionís.

¿Y la Princesa?...

DON DIONÍS

No fué nada: la angustia, el sobresalto;
tantas noches en vela, tantas lágrimas,
el vigor de sus fuerzas agotaron.
Mas podrá recobrarlas nuevamente
con un poco de paz y de descanso...
¿Venís a ver a vuestro padre?

ROSAURA

Os sigo!...

DON DIONÍS

Volviéndose galantemente y ofreciéndole la mano.

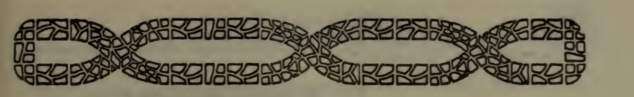
No, Rosaura.. Perdón!... Tomad mi mano!...

Salen los dos, seguidos de los pajes y escuderos por la primera puerta de la derecha. Gastón va a salir el último, pero Angélica lo detiene.


GREGORIO VICENTE





ESCENA VII

ANGÉLICA Y GASTÓN

ANGÉLICA

Deteniendo a Gastón.

¿Dónde vas con tanta urgencia,
tan ciego y desatentado,
Gastón, que no has reparado
ni siquiera en mi presencia?...

GASTÓN

Volviéndose sorprendido.

¡Angélica!

ANGÉLICA

Sin poder refrenar su alegría.

Voz amada
¡gracias a Dios que te oí!...
Parece que no oigo nada
cuando estoy lejos de ti!...

Mirándole con ternura.

¿Qué angustia hiriéndote está?...
¿Por qué desde que saliste
de la torre, andas tan triste
que pena mirarte da?...

GASTÓN

Ya sé que gracias a ti
de la prisión he salido...
¡Más te hubiera agradecido
que me enterrasen allí,

que aquel sepulcro profundo
pudiera ser lenitivo
para el que vive en el mundo
tan solo como yo vivo!...

ANGÉLICA

Profundamente conmovida.

¡Qué injustos son tus rigores,
cuando, sin ti, parecía
que estaba sin luz el día
y sin perfume las flores!...

¡Si hasta tu halcón, el que era
de tu puño orgullo y gala,
tu ausencia tanto sintiera,
que sin comer, bajo el ala

el pico, como queriendo
ocultar su amargo lloro,
en su alcandora de oro
de pena se fué muriendo!...

Y si sigues en prisión,
conozco, halconero, quién
se hubiese muerto también
de pena, como tu halcón!...

GASTÓN

¡Cómo a tu voz pagaré
los alientos que me da!...
Perdona si me olvidé,
en esta angustia que está

con mi corazón en guerra,
que aún queda a mi desconsuelo
un ángel sobre la tierra
para recordarle el cielo!

Estrechándole las manos con ternura.

¡Mi ángel!...

ANGÉLICA

Con ingenuidad.

Mas, dime, Gastón,
¿qué crimen hiciste para
que la Infanta te encerrara
en tan obscura prisión?...

GASTÓN

Terriblemente agitado, imponiendo silencio a Angélica.

¡Silencio!... Jamás intentes
en mi pecho penetrar,
que pudieras encontrar
un vivero de serpientes!...

¡Cállate!... Mas te valiera
en el cubil de un león
entrar, que en mi corazón,
que es el cubil de otra fiera,

tan voraz y tan traidora,
tan hambrienta y tan cruel,
que cuanto penetra en él
entre sus garras devora!...

Acercándose a ella.

Acerca al pecho tu oído ..
Más aún... Dime ¿no sientes
algo así como un aullido,
como un rechinar de dientes,

un luchar sordo que expresa
el más ciego frenesí?...
¡Es que no teniendo presa,
me está devorando a mí!...

ANGÉLICA

Con tristeza, apartándose de él.

Ya tu angustia he comprendido,
y tu honda pena respeto...
¡que en tus ojos ha leído
mi corazón tu secreto!...

En voz baja.

¡La amas!...

GASTÓN

Casi estallando en lágrimas.

¡Silencio!

ANGÉLICA

¡La amas!...

GASTÓN

Sin poder reprimir su angustia.

Es verdad! Tienes razón!...
¡Hace tiempo que en sus llamas
se abrasa mi corazón!...

¡Amor maldito y eterno,
en el que Dios fundir quiso
con las penas del Infierno
las dichas del Paraíso!

Sollozando en brazos de ella.

Me muero!... Acalla tu odio!...
Sé mi amparo...

ANGÉLICA

*Estreehándole entre sus brazos,
con la voz de lágrimas.*

Lo seré!...
¡Y por tu amor velaré
como un Arcángel custodio!...

Pequeña pausa. Los dos lloran abrazados. En el umbral de la primera puerta de la izquierda, aparecen conversando, Rosaura y Micer Pietro.

Se acerca...

Los dos se separan.

GASTÓN

Verla no quiero!

Sale precipitadamente por el foro

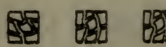
ANGÉLICA

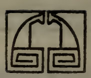
Contigo al jardín me voy!

Clavando, al salir, sus ojos en el Cristo.

¡Señor, salva a mi halconero!...
¡Mi vida en cambio te doy!...

Se pierde por la escalinata, detrás de Gastón.



ESCENA ÚLTIMA

ROSAURA Y MICER PIETRO

ROSAURA

¡Mi padre, Micer Pietro?

PIETRO

De su herida
no sanará...

ROSAURA

¿No hay esperanza alguna?

PIETRO

Se apagarán las luces de su vida
con los últimos rayos de la Luna!

No ha de ver, al claror del nuevo día,
fulgurar los paisajes celestiales
de la mística y áurea alegoría
que decora sus góticos vitrales!...

¿No escuchas cómo aullían los lebreles?...
¡Un tránsito mortal su aullido augura!...
Ya puedes encargar a los cinceles
que esculpan en el mármol la figura

del Angel, que doblada la rodilla,
juntas las manos con unción ferviente,
por él ha de rezar eternamente
en la paz funeral de su capilla!...

ROSAURA

Con ansiedad.

¿Y la Princesa?... Dime... Y la Princesa?...

PIETRO

No te inquietes... Su mal es pasajero!...

ROSAURA

Sordamente.

¡Quiero ser reina!... ¿Oyes?... ¡Y en la empresa
que tú me ayudes a triunfar espero!...

PIETRO

Mas, ¿cómo he de ayudarte?...

ROSAURA

Hablemos claro!...

Has que muera, y yo, en cambio de su vida,
te daré, cuanto pródigo o avaro,
tu codicioso corazón me pida!...

Tendrás palacios, siervos y triclinios
de púrpura; poder, nobleza y oro;
el más rico joyel de mi tesoro,
y la mejor ciudad de mis dominios!...

Pietro permanece silencioso e inmóvil, contemplando fijamente a Rosaura.

¿No aceptas mis ofertas?...

PIETRO

¡Las rehuyo!...
Ni riquezas ni honores ambiciono!...

ROSAURA

¡Dame tu ayuda, que si escalo el trono,
medio reino, si quieres, será tuyo!...

La ocasión es propicia... Está postrada
la Princesa en el lecho...

PIETRO

Y qué?...

ROSAURA

Procura
que sólo salga de él para la helada
soledad de su negra sepultura!...

PIETRO

Espantado, con voz severa.

¿Qué espíritu infernal te ha poseído?...
¿Qué maléfico influjo te enajena?...
¿Eres de sangre humana?... De qué hiena
o de qué loba hambrienta te has nutrido?...

¿Será posible que en tus labios,—esos
labios hechos de mieles y de aromas,
donde en dulces arrullos de palomas
amor debiera desgranar sus besos—

tan sólo el odio aulle o silbe airada,
oculta entre el encanto de sus flores,
por su propia ponzoña emponzoñada,
la víbora de todos los rencores?

ROSAURA

¡Sella tus torpes labios!... Tú qué sabes
de cóleras, de rabias y pasiones?...

Tan sólo en tu jardín cantan las aves,
y en mis selvas de horror rugen leones!...
¿Víbora dices?... ¡Sí!... ¡víbora herida
que hoy en venganza su ponzoña vierte!...
¡Si el amor es más fuerte que la muerte,
el odio es aún más grande que la vida!...

Pequeña pausa.

Oye, y verás cómo por vez primera
su oculto germen infiltró en mi seno
este sutil y bárbaro veneno
que hoy emponzoña mi existencia entera!...

Como recordando, profundamente conmovida.

Era muy niña aún. Mientras mi madre
en rueca de oro y de marfil hilaba,
yo, sobre las rodillas de mi padre,
inmóvil su corona contemplaba.

Sentí en mi corazón un sobrehumano
deseo de ceñirla... Y, de repente,
ávida de ella, le tendí la mano...
Y él, sonriendo, la ciñó a mi frente!...

Salté loca de gozo... Y cuando ufana
con ella en el espejo me veía,
me la arrancó, gritándome mi hermana:
—¡Quítate esa corona, porque es mía!...

Y al ver mi primer sueño destruído,
de mi madre amparéme en el regazo,
y ciñendo su cuello con mi brazo:
—Di, ¿por qué es suya?—suspiré a su oído.

Y ella, dándome un beso, conmovida
de aquel arranque de dolor sincero,
exclamó, sonriendo entristecida:
—Es suya... sí... porque nació primero!...

Y yo, ocultando el rostro bajo el manto,
sentí por vez primera, en tal instante,
mis negros ojos desbordarse en llanto
hasta escaldar mi pálido semblante!...

Y, desde entonces, siempre, en la velada
y en el sueño, mi espíritu obsesiona
el áureo resplandor de esa corona
que por ley del azar me está vedada!...

PIETRO

Después de un breve silencio.

¡Acalla el odio que tu pecho siente!...
Esa corona que tu orgullo ansía,
al posarse en tus sienes, dejaría
la mancha de Caín sobre tu frente!...

ROSAURA

Mas ¿qué importa, si siempre deslumbrado
en ella está mi pensamiento fijo?...
¡Por ella, este rencor he alimentado
con mis propias entrañas, como a un hijo!...

PIETRO

Te trata con cariño la Princesa!...
¿Cómo podrás justificar tu ira?...

ROSAURA

Pues ese mismo amor que me profesa,
enciende más el odio que me inspira!...

Volviéndose de nuevo hacia Micer Pietro, con los ojos relampagueantes de furor.

Mas ¿me ayudas o no?... ¡Pronto!... Responde
¡Un siglo es cada instante de demora!...

PIETRO

Jamás, Rosaura!... Tu rencor esconde,
y a los pies de la Cruz perdón implora!...

Dios el remedio ante tus ojos pone!...
¡Doblega ante ese Cristo la cabeza,
y arrodillada ante sus plantas reza,
para que su justicia te perdone!

La induce a arrodillarse.

ROSAURA

¡Déjame en paz!... Mi corazón es duro,
y ni perdón admite ni perdona!...
¡Por ese Cristo, ¡sí!, por Él te juro
que ceñirán mis sienes su corona!...

PIETRO

Horrorizado.

¡Sacrílega!... ¡No temes que irritada
la sombra a quien tu cólera provoca,

desenclave su mano atarazada,
para ahogar las blasfemias de tu boca?...

ROSAURA

Desafiante.

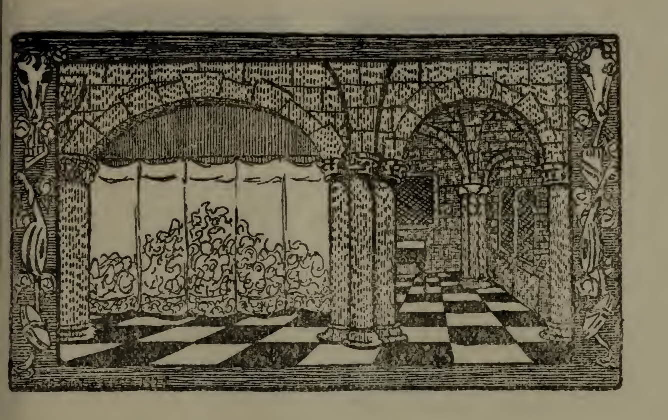
¡Ya ves si es firme y pertinaz mi anhelo,
que no dobla su frente ni se aterra,
ni ante todas las leyes de la tierra
ni ante todas las cóleras del cielo!...

Tiende las manos en un gesto de desafío, mientras desciende lentamente el telón.



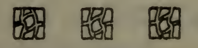


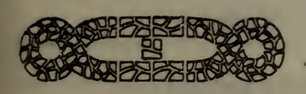
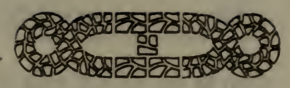
ACTO TERCERO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Al levantarse el telón la escena aparece iluminada solamente por la mortecina claridad de la lámpara que arde junto al Cristo de la hornacina y el fúnebre resplandor de los grandes ciriales que sostienen los pajes. De cuando en cuando, en los intervalos del diálogo, resuenan, lentas y graves, las campanas de la cercana catedral que doblan por el alma del Rey. Una tristeza profunda y misteriosa flota en el ambiente, y el aire de la noche agita las llamas de los cirios y los ricos tapices.



ESCENA PRIMERA

EL CONDE DON DIONÍS, MICER HAROLDO, MICER PIETRO y Caballeros seguidos de Pajes que sostienen los cirios.

DON DIONÍS

Dirigiéndose a los caballeros que forman un semicírculo en torno de él.

¡Nuestro buen Rey Arturo ya no existe!...
La firme mano que empuñara el cetro
en la paz, con la misma fortaleza
con que en las guerras esgrimió el acero,
hoy, inútil despojo de la muerte,
yace helada e inmóvil sobre el pecho...

Con la luz de sus ojos se ha extinguido
el claro sol que iluminó estos reinos;
y esas graves campanas que en la noche
esparcen el clamor de sus lamentos,
al par que por su muerte, están doblando
por la negra orfandad de todo un pueblo!

Por ley de herencia pertenece el trono
a la esposa que darme quiso el cielo;
y antes que arrodillados a sus plantas
le prestéis como reina acatamiento,
convocaros me plugo, porque ansío
que me presten su luz vuestros consejos!

MICER HAROLDO

Inclinándose.

Hablad, señor!...

DON DIONÍS

La sangre de mi hermano
venganza clama aún. Cual caballero
y cristiano, ante Dios y ante los hombres
juré vengarla... Entre mis manos tengo

las pruebas de la infamia, y esta noche
saber el nombre del culpable espero!...

¡Sea el que fuere, aunque en sus venas tenga
sangre real, barones de estos reinos,
ante todos vosotros, y a presencia
de Dios que mis palabras está oyendo,
en la cruz del acero puesto el labio,
mi venganza renueva el juramento!!...

Jura. Todos se inclinan.

MICER HAROLDO

¡Y nosotros también con vos juramos!...
¡Descuartizado sea, el que sin miedo
a mancillar las sacrosantas leyes
de la hospitalidad, manchó este reino
con tan negro baldón!... ¡Fuera el que fuera,
el más próximo y noble de mis deudos,
mi hijo propio, a morir descuartizado,
yo, en el nombre de todos, le condeno!...

Los nobles juran y asienten.

DON DIONÍS

¡Gracias, nobles barones!... La sentencia
haré cumplir!... Y perdonad si ciego
de furor, perturbé con mis palabras
la íntima pena que en vosotros leo,
en esta hora solemne y lacrimosa
que dedicar a la oración debemos!

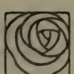
Señalando la segunda puerta de la derecha.

¡Penetrad en la fúnebre capilla,
y postrados en torno de su féretro,
a compás de los cantos funerales
y entre las blancas nubes del incienso,
juntas las manos con unción ferviente,
por el alma del Rey rogad al cielo!!!

Todos se inclinan y van desfilando lentamente, seguidos de los pa-

jes. Sólo Micer Pietro permanece al lado del Conde Don Dionís. Al ir a salir Micer Haroldo, Don Dionís le detiene con un gesto.

ESCENA II

DON DIONÍS, MICER HAROLDO Y MICER PIETRO

MICER HAROLDO

Volviéndose.

¿Qué queréis?

DON DIONÍS

Buen Haroldo, mi venganza
a tu lealtad y a tu rigor entrego!

En voz baja.

¿El juglar?...

MICER HAROLDO

Vuestras órdenes aguardo. .

DON DIONÍS

¿Y tienes esperanza?

MICER HAROLDO

En el tormento
de la rueda, más tarde o más temprano,
revelarán sus labios el secreto!...

DON DIONÍS

No hay tiempo que perder...

MICER HAROLDO

Antes que el día
sus rosales de luz abra en el cielo,
por las cenizas de mis muertos juro,
que el nombre del traidor conoceremos!

En una fuerte torre de este alcázar
al buen juglar aprisionado tengo...
Le vigilan mis guardias...

DON DIONÍS

Son leales?...

MICER HAROLDO

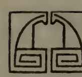
Mi cabeza, señor, responde de ellos!...

DON DIONÍS

¡Pues ve, Haroldo al instante! ¡A ver si logras romper la obscuridad de este misterio!...

Sale Haroldo por la arquería del fondo, mientras Don Dionís se vuelve hacia Micer Pietro.



ESCENA III

DON DIONÍS Y MICER PIETRO

DON DIONÍS

Mi esposa, Micer Pietro?...

MICER PIETRO

Estad tranquilo.
De su vida respondo...

DON DIONÍS

¡Plugue al cielo
que tu ciencia no falle!...

MICER PIETRO

Con un poco
de reposo su mal tendrá remedio!
Y dentro de unos días, de rodillas
bajo las sacras bóvedas del templo,
entre el áureo clamor de los clarines
y los gritos de júbilo del pueblo,
han de ceñir sus sienes la corona
que enjoyaron de gloria sus abuelos!

DON DIONÍS

Como estremecido por un fatal y triste presentimiento.

¡Así lo quiera Dios, pero me asalta
una vaga inquietud... y tengo miedo!

MICER PIETRO

De qué, señor?... Hablad...

DON DIONÍS

De todo cuanto
me cerca...

Bajando la voz y mirando recelosamente.

En este alcázar un misterio
sanguinante se esconde, y a su paso
se erizan de pavura mis cabellos...

Cien veces, bajo el sol de Palestina,
rota la espada y destrozado el yelmo,
entre nubes de flechas y venablos,
sentir silbar la muerte, sonriendo;
y hoy, si al cruzar estas desiertas salas
algún viejo tapiz agita el viento,
el corazón de pánico se encoge,
y estremecido de pavor me siento,
cual si a su amparo algún puñal buscase
la coyuntura para herir mi seno!...

Aquí cayó mi hermano, y me parece
que por doquiera su fantasma veo,
pavoroso, la sangre de su herida
con temblorosa mano conteniendo,
murmurar a mi oído, en voz tan débil
como el último soplo de su aliento:
—Hermano, véngame, antes que caigas
también herido por el mismo hierro!...
¡Y en tanto que no cumpla mi venganza
este oculto temor no tendrá término!...

El Halconero, que ha estado como espiando en la galería del fondo, aparece bajo los arcos. Al rumor de sus pasos, Don Dionís se vuelve estremecido.







ESCENA IV

DICHOS Y GASTÓN

DON DIONÍS

Con la voz ronca y la mano en la espada.

Mas ¿quién va ahí?... ¿Quién va?

El Halconero avanza silenciosamente.

¡Responda pronto!

GASTÓN

Avanzando.

Soy yo, señor!...

DON DIONÍS

No pudiendo reprimir la ira que le causa su presencia.

¡Oh, siempre el Halconero!
¡Por dondequiera que camino, siempre
con tu imagen equívoca me encuentro,
siguiéndome los pasos, silenciosa
cual si fuese la sombra de mi cuerpo!

Si alzo un tapiz, tras el tapiz te hallo,
si salgo, acaso, a respirar el fresco
perfume del jardín, en los macizos
florecientes de rosas, te contemplo
fosforescentes de furor los ojos,
agazapado como un lobo hambriento
que se dispone a devorar su presa,
la fauce abierta y erizado el vello!...

Si abro los ojos en la sombra, en ella
lo mismo que un relámpago siniestro
me deslumbra el fulgor de tus pupilas;
¡y hasta en los laberintos de mis sueños
siento el tesón de tu mirada ardiente
como un puñal que me desgarra el pecho!...

¿Quién te ha mandado que mi paso espíes?
Para seguirme así, ¿cuánto te dieron?...

GASTÓN

Con desesperada altivez.

¡Ni ha habido gente de mi sangre espía,
ni yo, señor, como un jayán, me vendo,
que todo el oro de la tierra es poco
para comprar el nombre, que ha doscientos
años, cuando lucía Carlomagno
en su sien la corona del Imperio,
hasta el mismo Rolando pronunciaba
como el nombre de un héroe, con respeto!

Y ¡vive Dios! que si ultrajarme osara
un labio que no fuera el labio vuestro,
la lengua de un tirón le arrancaría
como se arranca una raíz del suelo,
porque la lengua que ultrajó a mi nombre
jamás pudo contar su atrevimiento!

DON DIONÍS

Yo sabré castigar tanta osadía!...

GASTÓN

¡Pues dadme ya el castigo que merezco!
¡Mandad que el hacha del verdugo siegue
sobre el tajo el orgullo de mi cuello,
pero no me ultrajéis con vuestras dudas,
porque la muerte al deshonor prefiero!...

Con la voz profundamente conmovida.

Sois el esposo de la reina mía,
y vasallaje y sumisión os debo...
¡Condenadme al más bárbaro suplicio
si os ofendió lo altivo de mi acento,
que el que cansado está de la existencia,
ascenderá al cadalso sonriendo,
lo mismo que si fuera a desposarse
con la novia ideal de sus ensueños!...

DON DIONÍS

Serenándose y profundamente conmovido por el dolor que parece retorcerse en las palabras del Halconero.

Yo no sé qué tristeza lacinante
respiran tus palabras, que tu acento
desgarrado y profundo me conmueve
hasta el fondo del alma, como esos

cantares que en la noche solitaria,
desgranando su angustia en el silencio,
en sus negros y estrechos calabozos,
entonan los dolientes prisioneros!...

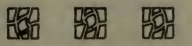
¡Perdóname, doncel, si has sido víctima
de la amarga inquietud de mis recelos!...
¿Cómo no ha de tomar el caminante
que en la noche su ruta va siguiendo,
por ladrones las sombras que los árboles
proyectan en la nieve del sendero,
si sabe que le acechan los ladrones
en los nocturnos bosques encubiertos?...

Resuenan los cánticos funerales.

MICER PIETRO

¡Ya los oficios comenzaron.—Vamos,
Alteza, con la corte a orar al templo!

Mientras salen por la puerta segunda de la derecha, tras el tapiz de la izquierda aparece sigilosamente Angélica.





ESCENA V

GASTÓN Y ANGÉLICA

GASTÓN

Con la mano en la empuñadura de su daga viendo desaparecer a Don Dionís.

¡Oh, brazo miserable, que no tienes
firmeza para herir!... Si herir deseas,
¿por que frustras el golpe y te detienes
temblando de pavor?... ¡Maldito seas!...

Mas tú no eres cobarde, brazo mío!...
En campo abierto o en lugar cerrado,
tu lanzón o tu espada, con que brío
su corazón hubiera traspasado!...

Inútilmente la ocasión espero!...
¡En vano hacia el puñal tiendo la mano,
que el que nació cristiano y caballero
no puede asesinar como un villano!

Angélica, que ha observado todos los movimientos del Halconero, se le acerca. Gastón se vuelve agitado.

¡Angélica!

ANGÉLICA

Contemplándole fijamente.

¿Qué horrible pensamiento
te obscurece, que he visto, acongojada,
arder como un relámpago sangriento
el alma de Luzbel en tu mirada?

GASTÓN

¿Qué te impulsa hasta aquí?

ANGÉLICA

Con la voz de llanto.

La voz suave
de aquella santa que en su seno unía
en un anhelo maternal de ave,
tu infantil cabecita con la mía!

Ungidas de una celestial fragancia
en mis oídos sus palabras gimen:
—¡Angélica, al amigo de tu infancia,
no dejes, no, que lo deshonre el crimen!

GASTÓN

Espantado.

¿Qué dices?...

ANGÉLICA

¡No lo niegues! No he mentido!

GASTÓN

Deliras!...

ANGÉLICA

¡No, Gastón!. . La vida diera,
porque lo que en tus ojos he leído
sólo un delirio de mi mente fuera!

Acercándose más y oprimiéndole entre las suyas las manos.

Escúchame, Gastón! Por todo cuanto
de puro dentro de tu alma queda;
por mi voz, por mi pena, por el llanto
que de mis ojos desbordantes rueda;

por el amor que te nutrió en su seno;
por ese Cristo que en la cruz nos mira...
¡Huye de esa mujer, cuyo veneno
emponzoña hasta el aire que respira!
Ella te arrastra al crimen...

GASTÓN

Debatiéndose desesperadamente.

¡Calla, calla!...
¿No ves la angustia interminable y sorda
en que, deshecho, el corazón estalla,
y cual vaso colmado se desborda
en las ardientes lágrimas que exhalo?...

Estalla en sollozos. Ella le acoge maternalmente en sus brazos.

ANGÉLICA

¡Ven y vierte tus llantos en mi seno!...
¡Si ella es, para perderte, tu ángel malo,
yo soy, para salvarte, tu ángel bueno!

GASTÓN

Desprendiéndose bruscamente.

¡Déjame! Tu piedad en vano llora...

Se dirige hacia el fondo.

ANGÉLICA

¿Dónde vas?

GASTÓN

¡Yo qué sé!... ¡A donde pueda
refrenar el dolor que me devora
antes que el alma a sus delirios ceda!

Se pierde por la escalinata que da al jardín. Angélica le sigue hasta la galería; pero un gesto imperioso del halconero le hace retroceder; vacila un instante y se detiene apoyada en una columna. Después lanza un grito y corre a abrazarse a la cruz con los ojos cubiertos de lágrimas.

ROSAURA

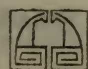
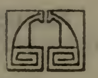
¡Señor, Señor, en tu piedad confío!
¡Que hasta su triste obscuridad descienda
tu santa luz!... ¡Le salvaré, Dios mío,
aunque pierda la vida en la contienda!

Aparecen por la galería del fondo Micer Haroldo y Rosaura. Al verlos Angélica se desliza sigilosamente detrás del tapiz que cubre la puerta de la izquierda. Mientras la Infantina y el Canciller avanzan, se escuchan los salmos funerales y el lejano doblar de las campanas.





ESCENA VI

ROSAURA Y MICER HAROLDO

MICER HAROLDO

Con voz sorda, profundamente agitado.

Os vi nacer, y a vuestra sangre tengo
aún más apego que a la sangre mía...
¡Por eso ahora a preveniros vengo...
¡Tenéis que huir antes que nazca el día!

ROSAURA

Desdeñosamente, aparentando una serenidad que desmienten el temblor de sus manos y la agitación de sus movimientos.

¿Qué estás diciendo?

MICER HAROLDO

Lo que oís, señora!
¡No podéis vacilar!... Estáis perdida!
Os acusa el juglar, y si la aurora
os sorprendiera aquí, perdéis la vida!...

Yo suspender las pruebas he podido
hasta avisaros...

ROSAURA

Con sonrisa desdeñosa.

¿Y en las imprudentes
palabras de un juglar habéis creído?

MICER HAROLDO

Atajándole con severidad.

¡Perdonad!... Son las pruebas concluyentes!...

Todo os acusa... Y si así no fuera,
si una esperanza para vos hubiera,
¿cómo el labio sincero de este anciano
a herir con tal sospecha se atreviera
a la hija de su propio soberano?...

Huid de la corte, y buscad seguro
en las tierras que os rinden vasallaje,
¡que yo, señora, por mi honor os juro,
las pruebas destruir!...

ROSAURA

Con soberbia altanería.

Mas tal ultraje
no sufrirá mi orgullo!.. . Aquí me quedo!...
Y si la envidia a condenarme osara,
yo la condena sufriré sin miedo,
luchando con mi suerte cara a cara!

Vuelven a resonar los psalmos funerales.

MICER HAROLDO

Profundamente conmovido.

¡No hay salvación!... Huid!... ¡Por ese canto
funeral, por las luces amarillas
que alumbran su cadáver, por mi llanto!...
¡Os lo pido, señora, de rodillas!

Se intenta postrar a los pies de Rosaura, pero ésta le contiene.

En el jardín esperan a su Alteza
gentes que a vuestro feudo han de escoltaros...

Con sincero dolor.

Yo no puedo hacer más... Y al ayudaros,
así también arriesgo la cabeza!...

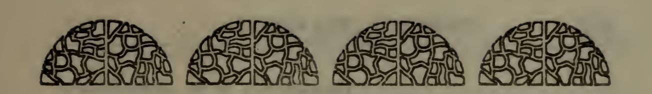
Mas dejad que este viejo desafíe
vuestro adverso destino, y sin demora
salir hoy de la corte...

Besándole la mano.

¡Adiós, señora!...
¡Para siempre quizás...! ¡Que el cielo os guíe!...

Sale por la galería del fondo. Rosaura le contempla partir, apoyada en el respaldo de un alto sillón. Un momento de silencio, en el cual permanece inmóvil, como petrificada en sus pensamientos. De pronto se yergue, en un gesto de fiereza inaudito que le hace retorcerse de furor.





ESCENA VII

ROSAURA, sola

Huir?... ¡Nunca!... Mi presa no abandono!...
Ya está la suerte echada y decidida...
¡Antes que nazca el sol, o escalo el trono,
o en el asalto perderé la vida!...

Una tempestad de sangre ciega sus ojos, e instintivamente le arrastra su destino hacia la puerta de la cámara donde yace su hermana.

Aquí duerme... Está sola... ¡Si firmeza
tuviese el corazón!...

Va a alzar el tapiz, pero sus manos retroceden como si hubiesen tocado a una llama.

Pero, es en vano...
Yo nada puedo hacer... ¡Naturaleza!
por qué desarmas, para herir, mi mano?

Desesperada de su impotencia y como rebelándose contra ella.

¡Por todo cuanto ruge y cuanto odia,
ayudadme, potencias infernales!...

Intenta avanzar de nuevo; pero al llegar a los umbrales, retrocede espantada.

¡Mas, no; no puede ser, porque custodia
la sombra de mi madre esos umbrales!

Desvariando, como si la visión apareciese realmente ante sus ojos atónitos.

¡Tiene abiertos los brazos, y un doliente
reproche en su pupila azul destella,
como diciendo a mi furor:—¡Detente!...
¡Me tendrás que matar antes que a ella!...

Pequeña pausa, en la que todo su ser parece crujir y debatirse en una lucha interior, inauditamente dolorosa y cruel.

¡Si alguien en quien fiarme yo tuviera!...

El odio vuelve a apoderarse de su alma, y una esperanza centellea en el negror siniestro de sus pupilas.

¡A cambio del más bárbaro y eterno
dolor, negras deidades del infierno,
prestadme un brazo que sin miedo hiera!

Se yergue en un arranque frenético de orgullo y de fiereza.

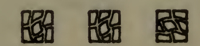
¡He de triunfar! .. Mi espíritu altanero
a la tierra y al cielo desafía!...

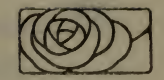
Se vuelve de súbito al rumor de los pasos de Gastón que aparece en la galería del fondo.

¿Quién va ahí?... ¿Quién va ahí?...

Dando un grito salvaje de alegría al reconocerlo.

¡Ah...! ¡Mi Halconero...!
¡Luzbel desde el infierno me lo envía!



ESCENA VIII

Rosaura y Gastón, que avanza como un sonámbulo por la galería del fondo.

ROSAURA

Saliéndole al encuentro, con la voz insinuante y misteriosa.

¡Gastón!... ¿Adónde vas?...

El Halconero se detiene estremecido.

GASTÓN

¿Qué me queréis?

ROSAURA

No te inquietes, y escúchame con calma...

Lo atrae hacia ella, clavando en él sus ojos fascinadores.

¿Puedo contar contigo?...

GASTÓN

Ya sabéis
que soy vuestro, señora, en cuerpo y alma!
Hablad, Alteza!...

ROSAURA

Queriendo dar a sus palabras una emoción sincera, pero como dudando de lo que le va a decir.

¡No, porque pudieras
escuchar tales cosas, que erizado
el cabello de espanto, de mi lado
como del propio Lucifer huyeras!

GASTÓN

Como si recobrase de súbito, al conjuro de la voz amada, todos los bríos y los entusiasmos de la juventud.

¡Pedidme que deslustre los cuarteles
que avaloran mi escudo, única herencia
de mis padres; que manche mi conciencia
con los actos más viles y crueles;

que al huésped que a mi amparo se ha acogido
de su enemigo a la venganza entregue,
bajo mi propio techo; que reniegue
de la fe y la Ley en que he nacido;

que dé entrada en mi patria al extranjero...
¡Pedid, pedid!... Si es en servicio tuyo,
—¡oh, amor, en cuya cárcel vivo y muero!—
mi propio deshonor será mi orgullo!...

ROSAURA

Más insinuante aún, abrasándole con el fuego de sus ojos y embriagándole con el perfume de su aliento.

¡No me retes, Gastón!...

En voz muy baja, dejando caer lentamente las palabras.

¿Se atrevería
tu mano a cometer tal villanía,
que a través de los siglos, en la historia,
a las gentes futuras, tu memoria
por infame y por vil espantaría?

GASTÓN

¡Qué importa, si también al par el hombre
al pie de mi baldón mirará escrito:
—¡Amó con un amor tan infinito
que eternamente deshonró su nombre!

Decid que robe... Y a la imagen santa
de la madre de Dios, que en la capilla
de la severa catedral, humilla
la serpiente del Mal bajo su planta;

yo, la corona que en su sien destella
todo el oro y las perlas del Oriente,
le arrancaré, para ceñir con ella
la marmórea altivez de vuestra frente!...

¡Decid que mate sin piedad; y aun cuando
en nobleza y poder al Rey se iguale,
veréis caer, a vuestros pies, sangrando,
a aquel que vuestra mano me señale!...

Y si a mi propia madre señalara...
¡Tal me tenéis la voluntad rendida,
que hasta por vos, señora, apuñalara
al propio seno que me dió la vida...!

ROSAURA

Echándole los brazos al cuello.

Digno eres de mi amor; y así te quiero!...
¡Así te quiero ver: audaz y erguido,
retando al bien y al mal, bravo halconero,
bello y terrible como un Dios caído!

Poniendo en su voz todas las mieles y las promesas del deseo.

¡Para embriagar de amor tu vida loca,
yo sabré darte, en inmortales lazos,
las cadenas de rosas de mis brazos
y los besos de fuego de mi boca!

Y cuando toda adversidad concluya
y recobremos la perdida calma,
yo, desnuda a la par de cuerpo y alma,
--¡Tómamé!—te diré...—¡Soy toda tuya!

GASTÓN

Embriagado de felicidad y estrechándola entre sus brazos.

¡Oh, dulce amor!... Bien vale este momento
que entre tus brazos prisionero estoy,
toda una eternidad de sufrimiento...!
¡Manda a tu arbitrio, que tu esclavo soy!

Rosaura le toma de una mano y le arrastra hacia la puerta de la izquierda.

Después le indica el puñal, señalándole la cámara de la Princesa.

Balbuciente por lo horrible de la sorpresa.

¿A la reina?...

ROSAURA

¿No dije que sería
tan cruel, tan villana y tan horrible
la acción que ejecutar te ordenaría,
que tu mano al herir vacilaría?

GASTÓN

Desnudando el puñal y avanzando.

¡Para tan grande amor todo es posible!

De pronto, casi al pisar los umbrales, se detiene y se vuelve vacilante hacia Rosaura.

Mas, ella...

ROSAURA

Con toda la fuerza que le da su desesperación.

No preguntes... Sube al trono,
mañana mismo... ¡Ceñirá su frente
la corona real que inútilmente,
hace ya tantos años que ambiciono!...

Me acusan de la muerte de Lotario...
¡Si ella no muere, moriré mañana!...
¡Gastón, que una perezca es necesario!...

¡Elige tú!...

GASTÓN

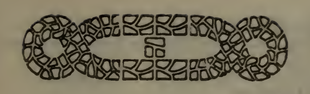
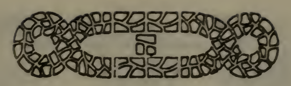
Alzando la cabeza, en un gesto de suprema resolución.

¡Perecerá tu hermana!...

¡Todo tuyo será! Mi amor lo jura!...
Por ti ruedo al infierno, sonriente!...
¡A costa de mi eterna desventura,
regia corona ceñirá tu frente!...

Avanza con el puñal desnudo; mas al descorrer el tapiz de la entrada aparece, cortándole el paso, la dolorosa figura de Angélica. Gastón retrocede; Rosaura ahoga un grito de rabia, retorciéndose de desesperación.



ESCENA IX

DICHOS Y ANGÉLICA

ANGÉLICA

Con los brazos tendidos, defendiendo con su cuerpo la entrada.

¡Atrás! ¡Atrás!... Mi angustia desafía
a vuestros ciegos odios infernales!...
¡Para evitar un crimen, Dios me envía,
y defiende mi cuerpo estos umbrales!

GASTÓN

Después de un instante de vacilación, avanzando resuelto.

Aparta!... Déjame!...

ANGÉLICA

¡Sacia en mi seno
el sangriento furor en que te abrasas!...
¡De aquí no has de pasar, si antes no pasas
sobre el cadáver de tu arcángel bueno!...

GASTÓN

Empujándola.

¡Pasaré, aunque el cielo se opusiera!

Angélica se abraza a él con todas las fuerzas de su trágica angustia.

ANGÉLICA

Deshecha en llanto.

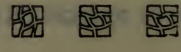
¡No pasarás!... Llorando te lo pido!...
¡Por tu madre!...

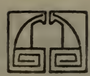
Forcejeando los dos se separan de la puerta, dejando libre la entrada. En este momento, Rosaura, que ha permanecido hasta entonces inmóvil, como reconcentrada en un pensamiento, arrebata violentamente de manos de Gastón el puñal, y como poseída de un vértigo de destrucción se dirige hacia la cámara real.

ROSAURA

El infierno lo ha querido!
¡Será preciso que a mis manos muera!...

Penetra en la estancia. Gastón y Angélica continúan luchando, abrazados desesperadamente.



ESCENA X

ANGÉLICA Y GASTÓN y después ROSAURA

GASTÓN

¡Suéltame!... ¡Suéltame!...

ANGÉLICA

¡No he de soltarte!
¡No ganará Rosaura la partida!...
¡Te he jurado salvar, y he de salvarte,
aunque al salvarte a ti, pierda la vida!

GASTÓN

Dándose cuenta de la desaparición de Rosaura, en un esfuerzo violento por desprenderse de los brazos de Angélica.

¡Suéltame!... ¡Suéltame!... Llegó la hora!

ANGÉLICA

No viendo a Rosaura, lanza un grito desgarrador, como si presintiese la tragedia.

¡Amparadnos!... Socorro!...

Gastón la oprime entre sus brazos para ahogar sus palabras.

¡Madre mía!...

De pronto queda rígida. Gastón retrocede espantado, y ella se desploma exánime al pie del Cristo, mientras por la puerta de la izquierda aparece Rosaura desmelenada y pálida, con la máscara del crimen sobre el rostro, esgrimiendo aún en sus manos el puñal ensangrentado.

GASTÓN

Atónito al verla.

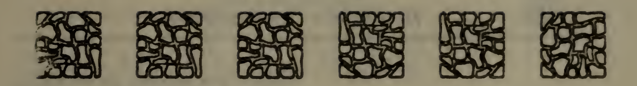
¿Qué habéis hecho?... Decid... Decid, señora!...

ROSAURA

Como enloquecida.

¡Triunfé en mi empresa!... ¡La corona es mía!

Se oye el rumor de la gente que llega. Los dos se miran; vacilan, sin saber si huir o si quedarse. De súbito, Gastón arranca de las manos de Rosaura el puñal, como si una resolución inquebrantable y salvadora se apoderara de su ánimo. Don Dionís, Micer Haroldo, Micer Pietro, Beatriz, Violante y algunos caballeros invaden la estancia, por la puerta de la derecha, a la luz de los cirios que sostienen los pajes. Escena rapidísima.



ESCENA ÚLTIMA

Dichos, Micer Haroldo, El Conde Don Dionís, Micer Pietro, Violante, Beatriz, caballeros, soldados, pajes y damas.

MICER PIETRO

¿Qué sucede?...

DON DIONÍS

¿Qué voz auxilio clama?...

Al resplandor de los cirios distinguen el cuerpo inanimado de Angélica. Todos se agolpan.

MICER HAROLDO

A Don Dionís.

¡Ven y mira, señor... Aquí, delante
del Cristo, desmayada hay una dama...

Algunos pajes se inclinan.

MICER PIETRO

Poniéndole la mano sobre el corazón.

¡La muerte ha puesto sobre su semblante
el pavor de su máscara angustiosa!...

Violante y Beatriz se arrodillan junto a Angélica. Gastón se adelanta hacia el grupo, lívido, pero sereno, con la fe de quien va a cumplir un sacrificio sagrado. Rosaura permanece inmóvil, como petrificada, en los umbrales de la cámara.

DON DIONÍS

Reparando en Gastón.

¿Qué pasa, di?

GASTÓN

Adelantándose en medio de grupo.

Señor, la misma mano
que a vuestro amor arrebató un hermano,
acaba de dejaros sin esposa!

Una emoción profunda conmueve a todos. Sobre el rostro de Rosaura pasan todas las tempestades de la ansiedad y el terror.

DON DIONÍS

Balbuciente de dolor y de ira, dirigiéndose al Halconero.

¿Dónde se oculta?... ¡Pronto, dime, dónde?...

GASTÓN

Con voz firme y dura.

¡Aquí mismo a la muerte desafía!

Rosaura tiembla.

Cansada de vivir, ya no se esconde!...

Dirige una suprema mirada de despedida a Rosaura, y con un ademán supremo se vuelve hacia el Conde.

¡Esa mano, señor: vedla!... ¡Es la mía!...

Extiende el brazo armado aún con el puñal que arrebató a Rosaura. Ésta lanza un grito. Todos acometen al Halconero, que con gesto heroico, silencioso, presenta su pecho a las espadas, mientras desciende lentamente el telón.



ESTE LIBRO TERMINÓ DE IMPRIMIRSE
EL DÍA 7 DE AGOSTO DE 1915
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE LA IMPRENTA «LA EDITORA»
SAN BERNARDO, 19 Y 21.


MADRID
GRIS


University of
Connecticut
Libraries